

## I

Un gran cuajaron de sangre se extendía bajo el cuerpo de Sócrates. Por supuesto no era su nombre real, sino el pretencioso seudónimo con el que firmaba su columna semanal en *Las Noticias de San Martín*, el segundo periódico de la pequeña ciudad que dormía aún al abrigo de su catedral. El inspector, un tipo famélico de ojos amarillos, miraba el espectáculo con la incredulidad del que está acostumbrado a ocuparse de los escasos crímenes de una ciudad sin un duro. Lo que faltaba, pensó, pasándose la mano esquelética por la cara para arrancar los restos de sueño.

Sócrates estaba desnudo a excepción de un slip morado que marcaba su barriga flácida. Sobre el pecho se veían varias puñaladas. El cadáver estaba frente al televisor de plasma del salón, forrado de libros hasta el techo. Tenía los ojos abiertos.

La vecina de abajo les había llamado, harta del ruido y echando pestes contra la policía, que nunca hacía nada.

Había oído voces sobre las cinco de la mañana. Después, alguien había puesto música a todo volumen. El inspector oía su voz chillona en el pasillo, prestando declaración ante el agente que había forzado la puerta. La señora, de unos setenta años y vestida con una florida bata, preguntaba si podía entrar.

En el salón, el forense examinaba el cuerpo y Tomás hacía un registro minucioso de la habitación y lo anotaba todo en su libreta verde. Siempre las compraba del mismo color. El inspector echó un vistazo a su compañero y no le pareció recién levantado de la cama. Lo más probable era que su llamada lo hubiera pillado de juerga con alguna de sus amiguitas. Había oído voces al otro lado del teléfono.

Tomás levantó la cabeza y le hizo una mueca.

—Parece que acabas de sacar la cara del váter. ¿Has estado pensando en Olga con una botella de whisky malo? —preguntó.

—Que te jodan. Voy a la cocina.

Un fuerte olor a descomposición le golpeó al abrir la nevera. Estaba prácticamente vacía a excepción de dos botellas de cava y una decena de latas de cerveza. Ni siquiera había leche. En la parte de abajo se pudría un grupo de naranjas, cubiertas por terciopelo morado. El hedor salía de un envase de jamón york abierto y empapado de baba blanca. En la esquina izquierda había varios yogures *light* que parecían lo único comprado recientemente. Demasiado tarde, masculló, recordando la barriga del muerto.

Se oyó un clic y Tomás gritó.

El inspector corrió hasta el salón pero allí sólo estaba el forense, rascando bajo las uñas del cadáver.

—¿Qué ocurre?

El forense no levantó los ojos de su tarea.

—Se ha colado un periodista —murmuró—. Tomás le ha seguido por la escalera.

Soltó una maldición y se acarició la rodilla izquierda con un gesto de dolor. Después caminó por el pasillo hasta encontrar el dormitorio.

La cama estaba deshecha y sobre ella colgaba un dosel verde. En la mesita de la derecha había un par de libros. Los cogió para leer los títulos. *Las avispas* de Aristófanes y *Áyax* de Sófocles. El primer cajón contenía calcetines negros, una radio portátil y una caja de preservativos abierta. Los contó. Falaban cinco. El segundo estaba lleno de slips de colores y unas gafas de montura anticuada. La otra mesita estaba vacía pero había cenizas de cigarrillo en el fondo de uno de los cajones.

Tomás entró sofocado y echó la cara hacia atrás para coger aire, apoyando las manos en las caderas.

—No he podido coger a ese hijo de puta, pero creo que le conozco —resopló.

—¿De qué periódico era?

—Del mismo que nuestro amigo.

—*Homo homini lupus*, y no digamos si es periodista.

—¿Qué? —gruñó Tomás.

—Nada. Le diré al comisario que llame al director. A mí no me pagan por pelear con esa gente. ¿Sabes si nuestro amigo fumaba?

Le mostró el fondo del cajón.

—No creo. No he visto ninguna cajetilla de tabaco y es increíble la cantidad de ambientadores que tiene en el salón. Parecía obsesionado con el mal olor.

—Cualquiera lo habría dicho tras abrir su nevera.

—Sin embargo, he encontrado un cenicero con una colilla manchada de pintalabios. Ya la he metido en una bolsa.

—Eso me recuerda que olvidé mirar en un sitio. Acompáñame.

La bolsa de la basura estaba bajo el fregadero. La semejanza entre los seres humanos ayudaba mucho al rastrear una casa. Después de haber visto demasiadas podía afirmar, como decía el otro clásico, que nada de lo humano le era ajeno. Todo el mundo tenía las mismas cosas en los mismos lugares. Claro que eso también lo sabían los ladrones y los asesinos.

Se puso los guantes y vació la bolsa en el suelo. Había restos de comida china y cuatro latas de cerveza. Metió la mano entre los huesos de pollo mordisqueados y los montoncitos de arroz y alzó un preservativo entre el índice y el pulgar.

—Ayer hubo fiesta.

Tomás sacó una bolsita y lo guardó.

—¿Has encontrado algo más? —preguntó el inspector.

—Poca cosa, aunque aún hay mucho que mirar. La vecina dice que una mujer venía jueves y viernes a arreglar la casa. Habrá que localizarla. No parece faltar nada, así

que de momento podemos descartar el robo. Además, Alonso tuvo que forzar la puerta para entrar, por lo que podemos suponer que el que lo hizo conocía a Sócrates.

Tomás agitó en el aire las bolsitas con el condón y el cigarrillo.

—O la que lo hizo, cuando sepamos quién es nuestra señorita.

—¿Estaba casado? ¿Hijos?

—No. Vivía solo. La vecina, Purificación, dice que apenas le veía pero que los fines de semana organizaba unas juergas tremendas. Ha llamado a la comisaría varias veces para quejarse. Aun así, por lo ordenado que está todo, me da la sensación de que era un puto maniático. No parece el típico que llena su casa de amigotes para que le planten los pies encima de la mesa de cristal del salón.

—Desde luego no comía en casa. La nevera está casi vacía.

—Pero sí empinaba el codo ante su pantallón de plasma. La licorera tiene todas las botellas por la mitad.

El inspector se quitó los guantes y los tiró al suelo.

—En el salón hay unas cuantas fotos con escritores y personajillos locales. Incluso con concejales y el alcalde —dijo.

Tomás torció la boca.

—Sí, es de un homenaje que le hicieron hace un par de años. A saber por qué.

—¿Y qué pasa con la cadena de música? Alonso dice que estaba a todo volumen.

—Cuando entré sonaba *L'Étranger*. Édith Piaf.

—Muy romántico. ¿Tomaste huellas?

—Sí, pero me temo que no van a servir de nada.

—¿Por qué lo dices? —bufó el inspector.

—No sé, intuición.

—¿Registraste el despacho?

—Un poco —respondió Tomás—. En las estanterías tiene carpetas con sus artículos, ordenados alfabéticamente, y he llamado al informático para que registre el ordenador. El escritorio estaba lleno de papeles y los he metido en una carpeta para revisarlos con más calma. En los cajones había fotos y más papeles que también he metido en cajas. Hay uno cerrado con llave que no pude abrir.

El inspector cogió un par de tenedores del escurridor.

—Vamos a por él.

Dentro había seis carpetas de cartón azul. Tres estaban vacías. En una había una copia del contrato de compra del piso y la hipoteca, además de facturas por la instalación de internet y una póliza de seguros. Otra contenía un resguardo de correos y dos cuadernos llenos de anotaciones. En la última había información de varias empresas, quizás para algún artículo.

El inspector salió al pasillo y le hizo un gesto a Alonso.

—Lleva esto a comisaría y redacta tu informe.

El agente se marchó silbando, contento de alejarse de la pesada vecina, que lo esperaba apoyada en la puerta.

Volvieron al salón y el inspector se sentó en el sofá tras comprobar que no había nada bajo los cojines. Tomás se dejó caer a su lado y encendió un purito. Los de la ambulancia ya se habían llevado el cadáver, pero una gelatina oscura revelaba el lugar donde había estado. La sangre se había vuelto negra.

—¿Qué te parece? —preguntó el inspector a su compañero.

—Mal asunto. Su columna era pésima, pero tenía seguidores. Cuando el periódico publique mañana su foto, la gente se va a poner histérica. No hay otra cosa de que hablar, todo el mundo ha vuelto ya de vacaciones.

El inspector se retorció la oreja derecha. Era algo que hacía cuando estaba nervioso. La frecuencia de la manía había provocado que el cartílago se inclinara un poco hacia delante, como si estuviera saludando.

—¿Paco sigue en el pasillo?

—Sí, intentando que no suban vecinos de otros pisos. La Puri ha corrido la voz.

—Dile que cierre esto y se quede de guardia. Bajo a desayunar al bar de la calle de atrás. Te espero allí.

El olor a café le despejó la cabeza. El bar estaba lleno a pesar de que no eran ni las ocho. El humo de los cigarrillos todavía no se había convertido en esa molesta gasa que se adhiere a los ojos. Él había dejado de fumar hacía quince años pero todavía lo echaba de menos. Se sentó en una mesa cerca de la ventana, olfateando el aire con avi-

dez, y jugó a doblar una servilleta el mayor número de veces posible.

La camarera se acercó. Tenía unas profundas ojeras violeta, pero era lo bastante guapa para mirarla diez minutos. El pelo teñido de un rubio artificial le hacía parecer mayor, y los labios eran de un rojo tan intenso que parecían pintados con sangre.

—Un café solo y un cruasán.

—No tenemos.

—Pues un par de tostadas.

Escaneó su trasero. No estaba mal. Llevaba unos vaqueros desgastados que se le pegaban a los muslos.

Tomás empujó la puerta y se acercó a la barra.

La camarera le dedicó una sonrisa. Los labios de sangre se abrieron y mostraron unos dientes tan pequeños como los de un ratón. Tomás nunca fallaba. Todas pestañeaban despacito y fruncían delicadamente los labios cuando hablaban con él.

—No entiendo por qué no te has casado —le dijo cuando se hubo sentado.

Tomás se golpeó la sien con un dedo.

—Soy demasiado listo.

El inspector untó un poco de mantequilla en la tostada y le dio un mordisco.

—Hoy nos espera un día de perros. Espero que hayas pedido un buen desayuno.

Bebió un sorbo de café y arrugó la nariz. Tomás soltó una carcajada.

—A mí a esta hora no me entra nada, y no me estás animando mucho. Con un zumo de naranja me conformo.

—¿Qué información tienes de ese Sócrates? Ni siquiera sé su nombre.

—Fernando Gómez Fuentes. Cincuenta y pocos años. Estudió Biología, pero su padre era tipógrafo y logró meter la cabeza. Tiene una merecida reputación de trepa y lameculos.

La rubia dejó un vaso lleno de líquido naranja en la mesa. El inspector miró la luna de sus uñas como si fuera algún tipo de código.

—Para otros era un tío con olfato —continuó—. Tiene publicadas dos novelas que no llegaron a nada, pero se hizo un nombre con casos muy sonados. Te acordarás del violador del sombrero o de la muchacha desaparecida que fue encontrada en un burdel en Melilla.

—No. Sería cuando estaba destinado fuera.

—Es posible. Se encargó durante años de la sección de sucesos. Era de los que retorció la verdad hasta que daba leche azul. En un par de ocasiones estuvo a punto de ser condenado por difamación, pero contaba con amigos importantes. Ya has visto la foto con el alcalde —sonrió—, aunque ésa la tiene cualquiera. Hace tres años se hartó de quemarse las cejas y tirar horas en la redacción y se convirtió en columnista y escritor. Se dedicaba a vivir bien y hacerse amigos.

Tomás alzó el vaso y bebió la mitad del zumo.

—Déjame que indague un poco más y te diré hasta con qué mano se lo hacía.

—¿Sólo eso? —respondió el inspector con sorna.

Pensó que él ya estaba de más en aquello.

—Lo que te cuento lo sabe todo el mundo.

—Yo no.

—Si te tomaras una copa de vez en cuando, estarías más informado. En esta ciudad somos cuatro.

—Será eso. Acábate el zumo, anda, que pierde vitaminas.

—Gracias, mami.

El móvil vibró en el bolsillo de su camisa. El inspector metió la mano bajo el abrigo y sacó el aparato, que se agitaba como un bicho enfermo. Miró el reloj. Sólo eran las ocho y media. Roberto, pensó.

Una voz presurosa le requirió.

—Será mejor que venga. Su hermano se ha puesto difícil y no hay quien lo mueva.

—En diez minutos estoy ahí.

Tomás adivinó lo que pasaba.

—No te preocupes, entretendré a Gutiérrez hasta que vengas.

Por muy poco no atropelló a una anciana en un paso de cebra. La mujer alzó el puño a su paso, maldiciéndole. Un desfile matutino de madres llevando a sus hijos al colegio le detuvo en otro. Los chavales mascaban chicle, vencidos por el peso de grandes mochilas, y se daban co-

llejas cuando no les veían. Pensó en Alicia y sintió un mordisco de dolor. Recordó lo mal que lo había pasado el primer año escolar. Durante cinco meses había vuelto a orinarse en la cama.

Ramón y Cajal tenía ya un tráfico insoportable. Todo el mundo trataba de llegar al trabajo y las caras tras las ventanillas eran rostros grises y crispados. También él lanzó un pitido estridente al aire de la mañana, sumándose a la algarabía general. Ojalá pudiera abandonar esa condenada ciudad e irse a una casa en la montaña. Pero ahora el sueño estaba más lejos que nunca. Ahora estaba Roberto.

Torció por la calle Bolivia. Esperaba encontrar menos coches pero se equivocaba. Las luces de los semáforos parpadeaban nerviosas. Hombres y mujeres solitarios se arrastraban hasta las oficinas con las manos en los bolsillos.

Encendió la radio para escuchar las noticias y oyó la voz del locutor de siempre leyendo los titulares. Era imposible que ya se hubiesen enterado, así que buscó un cd en la bandeja. La boca del reproductor engulló el disco brillante. Los gemidos de la trompeta de Miles Davis ahogaron el agrio ruido exterior.

Elena lloraba sorbiéndose los mocos. Algunos caían sobre su camisa de florecitas moradas. Tenía las manos apretadas y daba patadas en el suelo. A ratos se revolvió el pelo, como una loca, y después se quedaba callada con la mirada perdida, como si lo hubiera olvidado todo.

Francisco le rodeaba los hombros, tratando de consolarla. El buen hombre suspiraba y miraba su reloj y a la calle. Delante de ellos, Roberto gesticulaba alzando las manos hacia el cielo, con los ojos rojos y furiosos. Gritaba.

Apretó el paso. El rostro de Francisco se llenó de alivio cuando lo vio aparecer. Soltó a la chica y le estrechó la mano.

—No hay quien le haga entrar en razón.

Caminó hacia su hermano. Éste le miró con temor, pero después corrió hacia él con gesto rabioso. Cuando estaba a menos de un metro, intentó golpearle. El inspector dio un salto hacia atrás y el puño cayó en el vacío. Lo intentó de nuevo y la mano se hundió en su mejilla izquierda. Aprovechó para agarrarle los brazos y ponerlos a su espalda.

Roberto se revolvió, aullando.

—¡Me haces daño, cabrón!

Le sujetó más fuerte.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—¡Vete a la mierda!

Se retorció, intentando librarse. Dieron un par de vueltas, enganchados, mientras la chica aullaba. Sus iris azules flotaban en el globo blanco de sus ojos.

—Estás asustando a Elena.

Le dio la vuelta para que la viera.

—Mírala. No creo que vuelva a quererte tras esto.

—¡Me da igual! ¡Es una puta!

La chica se derrumbó en el suelo y escondió la cabeza entre las piernas, gimiendo como un animal asustado.

El inspector dio un tirón a los brazos y Roberto gruñó de dolor.

—¡Si sigues así te ingresaré! ¿Lo has oído?

Dejó de moverse. Resoplaba como si hubiera corrido un maratón. Aquello le había asustado de verdad.

—Te voy a soltar, pero sólo si me prometes que te portarás bien.

Asintió y le liberó los brazos. Las lágrimas caían por sus mejillas.

—¿Qué coño te pasa últimamente?

Roberto se retorció las manos.

—No puedo venir cada vez que se te ocurre montarla. Si insistes en estas perrerías, te pienso ingresar, lo digo en serio.

La furia volvió a sus ojos y le escupió en la cara.

—¡No quiero ir a ningún sitio!

Se limpió con la manga y trató de mantener la calma o le rompería la nariz.

—Pues si sigues así eso es lo que pasará.

—¡Quiero trabajar, no ir al centro! ¡Todos los días estamos haciendo el bobo!

—No es verdad. Te enseñan a leer mejor y a conocer los documentos. Y Paula es muy buena.

—¡No! ¡Quiero ganar pasta! ¡Quiero ir a la montaña rusa!

El inspector suspiró.

—Hagamos una cosa —propuso—. Hoy vas al centro y ayudas a Elena. Este fin de semana vamos al cine y si me prometes que te portas bien la siguiente te llevo a Madrid al parque de atracciones.

Era una promesa hecha innumerables veces en los dos últimos años. Casi siempre funcionaba, aunque no tenía ninguna intención de cumplirla. Tenía pánico a aquellos cacharros.

Roberto le observó con desconfianza y miró a Elena, que ya les ignoraba y jugaba con el perro de una señora que se había parado a mirar la escena.

Sonrió, con los labios brillantes de saliva.

—Es muy guapa, ¿verdad?

—Claro que sí. Pero antes dijiste que era una puta.

Se tapó la cara con una mano mientras se golpeaba la cabeza con la otra.

—¡No, no!

—Entonces ve a buscarla y entrad al autobús. Francisco os está esperando y todavía tiene que recoger a Enrique.

Roberto caminó hasta la chica, que le sonreía con sus ojos torcidos, y cogió su mano. Francisco le dio unas palmadas en la espalda y se sentó ante el volante. El pequeño autobús se puso en marcha. Saludó a su hermano, pero éste ya sólo tenía ojos para la chica.

El inspector se abrochó el abrigo y decidió ir andando por la alameda, aún rodeada de un irritado tráfico. El coche se podía quedar allí.

La relación con su hermano siempre había estado apesada de una mezcla de culpa y vergüenza. Cuando era pequeño, sus padres le ocultaban como el resultado de un crimen y en el colegio él le evitaba. «¿A tu hermanito le cuelgan la baba y los mocos!», gritaba muy cerca de su cara Ramón, el niño más temible de la clase. Por eso tenía que ser el mejor, la compensación de sus padres. Pero el amor de su madre era exigente, incansable, y para el niño débil que había sido la carga de ser responsable de la felicidad de aquella mujer fue demasiada. Para su padre la botella era consuelo suficiente. «Estoy muy disgustada porque no haces caso a la profesora de música», decía, con ojos llorosos y las manos en las caderas. Y él estudiaba hasta que le dolía la cabeza, limpiaba sus zapatos antes de entrar en clase, siempre decía «gracias» y «por favor» y nunca comía más de tres galletas de nata.

Para Roberto no había bicicletas ni profesora de solfeo, pero tampoco exigencias ni reprimendas. Le bastaba con sonreír y no alborotar para hacer lo que quisiera, ignorado por los demás. Nadie esperaba nada. Iba detrás de mamá entreteniéndose con las moscas mientras él tenía que caminar bien agarrado de su mano, muy quietecito, y responder a todas las preguntas con una sonrisa.

—¿Verdad que este trimestre has tenido cinco sobresalientes? Venga, díselo a doña Lola.

—Sí, doña Lola, y aún voy a sacar más el trimestre que viene —contestaba, mientras su madre le pellizcaba el brazo.

—¡Qué delicia de niño! —exclamaba la vieja.

Y le estrujaba la barbilla con su mano pegajosa.

Su madre se hinchaba de gusto y le pellizcaba el brazo aún más fuerte. Pero entonces la señora descubría a Roberto, que hacía dibujos en el suelo con un palo y ladraba como un perro, y adoptaba una expresión de dolor.

—¿Y cómo está el pobrecito Roberto?

—Muy bien —respondía, agría, la madre.

Y se iba con la barbilla levantada y temblorosa.

Cuando sufrió la polio, su madre se había afanado en cuidados mientras él trataba de morir. No pudo conseguirlo y los largos meses que pasó en cama fueron un infierno, un constante acoso a preguntas, mantas y termómetros. En todo aquel tiempo no vio a su hermano y por primera vez sintió que sus padres se habían dado cuenta de su existencia, pues oía las broncas a través de la puerta. Aquellas discusiones eran sus únicos momentos de paz, cuando su madre se iba y sacaba sus cómics del Capitán Trueno de debajo del colchón.

Pero, a pesar de sus deseos, logró salir de la enfermedad y como resultado le quedó la pierna izquierda algo más corta que la otra y adelgazada hasta el hueso. Era como si la extremidad se hubiera secado, perdiendo toda la carne. La rodilla sobresalía en medio como una pelota.

Aquella pierna deformada aumentó las burlas en el colegio, y aunque el profesor de gimnasia le permitió, de forma excepcional, el uso del pantalón largo para hacer los ejercicios, sus compañeros nunca olvidaron la visión de

aquella extremidad anormal y hasta que entró en la universidad no recuperó su nombre. Incluso sus amigos tomaron la costumbre de llamarle piernapalo, aunque sin la maldad de sus enemigos, que le esperaban en el patio para inmovilizarlo, subirle el pantalón y escupir sobre ella.

Recordaba con dolor el día que Olga la vio. Hasta entonces siempre lo habían hecho con la luz apagada. La noche anterior la había tocado por primera vez y su reacción no pudo ser mejor. Le acarició la pierna con tal ternura que le prometió todos los cielos posibles y la folló hasta ponerse encarnado. Lleno de confianza y amor, al día siguiente encendió unas velas y se bajó los pantalones. Las pupilas de Olga disminuyeron al mirar la piernapalo sobre la que el miembro en erección proyectaba la sombra de una u.

Pero, de nuevo, su respuesta fue ejemplar. Se metió el pene en la boca y le demostró que todo era como antes. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se corría.

Esa fugaz expresión de asco le había acompañado durante todo su matrimonio. Habría preferido que se negara a tener sexo, incluso que vomitara sobre la alfombra, pero aquel fingimiento le había herido más que la verdad. Por eso, aun en los momentos de mayor felicidad, no había podido olvidar la cara de Olga aquella noche.

Tomás le puso un vaso de plástico caliente entre las manos y preguntó por Roberto.

Agitó la cabeza en un «no preguntes» mudo.

—He pedido a la compañía de teléfonos que nos mande la factura de todas las llamadas del fijo y el móvil de Sócrates de los últimos meses —le informó.

El inspector se bebió el café casi sin respirar y se acercó a la ventana. El aire parecía polvo dorado, y unas nubes de panza gris se arrastraban pegajosas sobre el cielo.

—El jefe ha preguntado por ti a todo el mundo. Llevo una hora esquivándole.

—Te lo agradezco.

—Son diez mil —dijo, guiñándole un ojo.

La cabeza gruesa y de grandes orejas del comisario estaba vuelta hacia la claridad que entraba por la ventana. El negro pelo teñido resaltaba aún más su calvicie y el sol se reflejaba en el círculo de carne rosa. Hablaba por teléfono.

—No puedo confirmar nada, acabamos de iniciar la investigación.

Resopló y separó el auricular de la oreja, dejando que un hilo de voz se desenrollara por la habitación.

—No, imposible.

El inspector se sentó en una silla, que crujió con disgusto. El comisario se dio la vuelta y tapó el auricular con una mano. Las aletas de su nariz temblaron.

—¿Dónde coño estabas?

Retiró la mano y recuperó el tono frío de su conversación.

—También tendremos muy en cuenta lo que publiquéis mañana. Es un tema delicado, vosotros veréis —advirtió.

Sus cejas se juntaron en un oscuro ciempiés.

—Ya veremos. Os iremos informando de lo que podamos. Prudencia, es lo que te recomiendo. Sí, también. Hasta luego.

Colgó y echó el cuerpo hacia atrás. El caro sillón de cuero siguió el movimiento de la columna y su vientre se hinchó.

—Estos cabrones me están dando la mañana. Era el director de *Las Noticias*, llevo una hora con él.

Cogió el auricular y marcó el nueve.

—¿Beatriz? Oye, no me pases más llamadas, estoy ocupado o reunido. Lo que prefieras. Mejor las dos.

Juntó sus dedos cortos y peludos en un tejado de carne. Los bordes de las uñas estaban despellejados.

—¿Qué sabemos? —preguntó.

El dedo índice le sangraba y se lo llevó a la boca.

—Casi nada. El forense dice que murió a consecuencia de las puñaladas, aunque no hacen falta cinco años de carrera para saberlo.

El comisario se tiró de los pelos de los dedos. Odiaba verle hacer eso.

—¿Alguna idea? ¿Se drogaba, fulanas?

—No que sepamos. Pero le había visitado una mujer. Encontramos una mancha de pintalabios en un cigarrillo y un preservativo en la basura.

—Bien, es algo.

—Quien le mató le conocía. La puerta no había sido forzada.

—Mala cosa.

—Sí.

El comisario volvió a introducir el índice entre sus labios pálidos y arrancó otro trocito de piel.

—¿Qué le puedo vender a la prensa?

—Nada todavía.

—Ya saben que murió apuñalado.

—Me lo imagino. Aunque tenemos otro problema.

—¿Qué es?

—Un fotógrafo se nos coló.

—Lo sé, me lo ha contado el director. Dice que todavía no ha visto las fotos pero cree que no las publicará. Por respeto a la familia.

—Y una mierda. Van a sacarlas.

—Lo sé, pero no puedo hacer nada. Llamaré al subdelegado, a ver si puede disuadirles.

—Nos van a acribillar a llamadas. Creo que tardaremos en tener una pista clara.

El comisario dio un golpe en la mesa.

—¡Pues dame algo pronto o estamos jodidos!

Durante una temporada, tras el divorcio, se enganchó a las prostitutas. Al principio funcionó, le calmaba. Ellas no fingían ante la pierna. Ponían cara de asco y después se encogían de hombros y se dedicaban a lo suyo. Al principio temió las consecuencias, pero ellas eran las primeras que evitaban mirar demasiado tiempo a un policía a la cara.

Una noche eligió a una putita joven muy guapa. Nunca la había visto antes. La muchacha tenía unas piernas estupendas aunque iba vestida de forma horrible con unos pantalones de plástico negro con cremalleras por los lados y un top del mismo material. Le dijo que se llamaba Michelle y no pudo distinguir de dónde era su acento. Estaba apoyada en un árbol pelado, en el parque donde trabajaban las prostitutas. Era un lugar lleno de niños durante el día y cuajado por las noches de figuras tristes y hombres que buscaban un alivio.

Al llegar a casa sirvió un par de copas de whisky con hielo. Entonces no solía andarse con prisas. Le gustaba verlas en su piso, curioseando, seduciéndole sin entusiasmo. A veces les pedía que bailaran para él y las observaba moverse, vulgares y procaces, con los hielos tintineando contra el cristal del vaso. Sólo en esos momentos era capaz de expulsar a Olga de su cabeza.

Michelle estaba ya un poco borracha y subía y bajaba la cremallera de su muslo derecho al ritmo de la música. Su cabello oscuro se agitaba como una mancha de petróleo.

—Yo a ti te conozco —susurró con voz pastosa.

La cara de la chica se volvió maligna. Se subió encima del sofá de un salto y clavó sus tacones en los cojines. Siguió bailando, pero sus movimientos eran bruscos y desacompañados, como si su cuerpo fuera de lata.

—¡Te voy a joder, cabrón! —gritó con una risa loca—. ¡Mañana les diré a todos lo que te gusta follar con menores!

Sintió que todo se oscurecía.

Le pagó el triple de lo acordado. Michelle se metió los billetes en las bragas y salió del piso dando tumbos.

Pasó el día siguiente con el estómago encogido, sobresaltándose cuando alguien golpeaba la puerta de su despacho o llamaba por teléfono. Después de un mes, la chica aún no había aparecido. A partir de entonces decidió recurrir a los anuncios de contactos y no volvió a tener ningún problema.

Tras la muerte de sus padres y después de que Roberto llegara a casa, sólo había tenido compañía un par de veces, y de eso hacía mucho. La primera vez su hermano había abierto la puerta de la habitación mientras lo estaban haciendo. Se quedó quieto, plantado en medio del rectángulo de luz, mientras la chica le observaba divertida, sacándole la lengua. La segunda, a pesar del cuidado que había tenido para no hacer ruido, le oyó al otro lado de la puerta.

Al salir le encontró en plena erección, masturbándose en el pasillo.

—Entra —le dijo.

Y fue a taparse con la manta del sofá.

En la televisión dos alemanes destrozaban el castellano mientras vendían una máquina que hacía zumos.

—Esto es mucho mejor que todas las porrquerías que venden en el supermercado —decía uno, exhibiendo un vaso con un líquido de color rojo.

—Sí —confirmaba el otro—, se puede aprovechar toda la fruta.

En el siguiente anuncio un negro enorme, ex marine de los Estados Unidos, decían, enseñaba su sistema de gimnasia a unos alumnos jóvenes y alegres, dispuestos a saltar y correr hasta la muerte sin dejar de enseñar los dientes. Tras él dos señoras ensalzaban el milagro de levantar las tetas sin cirugía con un sujetador de silicona. Seguían los colchones hinchables y las picadoras y trituradoras, el complemento imprescindible en cualquier cocina moderna, como afirmaba con entusiasmo una señora de pelo cardado.

Los pies, fuera de la manta, se le estaban quedando fríos.

La chica salió de la habitación veinte minutos después. Aún no se había vestido del todo y llevaba un sujetador transparente de color morado. El pelo de su pubis era como algodón.

—Tu hermano es un cielo —dijo.

Le puso una mano sobre el pecho.

—Se nota a quién ha salido —susurró, pegajosa.

Puso las tetas en punta y él pensó en los sujetadores de silicona.

—¿Quieres que continuemos donde lo dejamos? —preguntó con ojos brillantes.

—No.

Le puso un fajo de billetes en la mano, por dos servicios, y abrió la puerta. Ella bajó las escaleras todavía abrochándose la falda.

En la habitación su hermano roncaba boca abajo sobre las sábanas revueltas. Le tapó y se fue a dormir al sofá.

No preguntó por la chica al día siguiente, pero estuvo más contento que de costumbre. Ni siquiera protestó cuando no le llevó al cine, y eso que para Roberto tenía que haber cine mañana, tarde y noche.